782

LUIS ARRIETA CAÑAS

UN MANUSCRITO,

Algo sobre el Hombre
y otros escritos

1927

UN MANUSCRITO,
Algo sobre el Hombre
y otros escritos [1]

(1) Los trabajos publicados en este tomo han sido corregidos de acuerdo con las razones de oportunidad y con la modificación inevitable que se opera en las opiniones de todo autor con el trascurso del tiempo y el mayor y mejor conocimiento de las cosas.

LUIS ARRIETA CAÑAS

UN MANUSCRITO,

Algo sobre el Hombre
y otros escritos

SANTIAGO DE CHILE

Imp. "Cisneros" — San Francisco, 49

1926

Al que fue mi mejor amigo,

a mi padre

EL 1.° DE MAYO DE 1892 EN EUROPA (1)

Después de las explosiones de París, del juicio de Ravachol, del descontento por la tímida energía de los jueces, de las amenazas y de los consiguientes preparativos de defensa, el ánimo público vio llegar la fecha del 1.° de mayo con la natural zozobra que aquellos acontecimientos estaban llamados a despertar.

Felizmente todo pasó ya y la historia no podrá anotar en sus páginas sino uno que otro insignificante atentado en Lieja, Roma o España, las frustradas manifestaciones en Alemania, el meeting colosal de Londres y el pánico de la capital francesa, que ha sido una abreviada edición del pánico del año mil.

La primera idea que una persona se forma sobre las asociaciones socialistas u obreras, es la que existe en ellas unidad de miras y de propósitos. Nada hay más falso, sin embargo, que esta idea.

---

(1) Correspondencia especial para *El Heraldo*.

Cada agrupación socialista obedece a programas propios y formados según las necesidades o aspiraciones producidas por los diferentes medios políticos o sociales en que actúan.

Es verdad que el socialismo de las naciones latinas parece formado por aspiraciones comunes; es verdad también que puede encontrarse en la reducción de las horas de trabajo y en la idea colectivista, más o menos, latamente comprendida y deseada, un punto de unión entre el socialismo sajón y el latino; pero, a pesar de ello, es un error confundir en una sola idea las aspiraciones de los comunistas franceses, las tranquilas e individualistas exigencias de los obreros ingleses, los desesperados esfuerzos del nihilismo alemán y los criminales atentados de Italia y de España.

Talvez una corta exposición de los acontecimientos del 1.° de mayo en las diversas naciones europeas, pueda dar una idea exacta de los propósitos que en cada una de ellas persiguen las asociaciones socialistas. Desgraciadamente los datos no son abundantes, y la falta de correspondencias detalladas no nos permitirá hacer una completa reseña de los diversos programas.

Rusia.—Ninguna noticia de Rusia he visto aun en los periódicos; pero son conocidos los ataques de las sociedades secretas rusas a la omnipotente autoridad del czar. La *inteligencia* rusa, que es el nombre que Vogue da al trabajo de propaganda liberta-

dor que, desde años atrás, vienen haciendo las clases ilustradas de aquella nación, no permite dudar de los propósitos que persiguen los nihilistas.

La condición del *mujik* es poco superior a la de los animales de carga. Pobre, miserable y presa de los vicios, el *mujik* no parece haberse levantado mucho, a pesar de las alteraciones que sufrió sin atrás, de su triste condición de siervo.

El sentimiento de la obediencia ciega y del consentimiento indiscutible e incondicional a la voluntad de sus amos, ha sofocado en él toda aspiración y todo esfuerzo, parece haber ahogado, hasta en el germen, su personalidad misma. Las novelas de Gogol, Dostoieusky, Herzen, nos retratan a ese pobre hombre, supersticioso y borracho, que parece, como una llaga ya en putrefacción, insensible a las excitaciones con que se pretende levantar su espíritu, despertar su energía, la conciencia de su deber y de sus derechos.

Dostoievsky y Tolstoy, sin embargo, descubren en el alma del pueblo ruso, una gran fuerza: el sentimiento de la responsabilidad y de la sanción. Raskolnikoff y el héroe de «El poder de las tinieblas» son una esperanza, y esto ha dado nuevos bríos a los trabajos nihilistas que ven en la embrutecedora acción del poder imperial el más grande obstáculo a la realización de sus propósitos de reforma popular.

Un hecho reciente puede darnos una idea de lo que es la autoridad, no siempre sabiamente ejerci-

da del czar: me refiero a la reciente confiscación y prohibición de editar que ha recaido sobre una obra de Tolstoy por encontrarse en ella algunas críticas a la política imperial. Se agrega, aún, que todos los apuntes y manuscritos del insigne novelista han sido arrojados al fuego y que, sólo por una magnánima concesión del czar, ha quedado sin mayor castigo el incalificable atrevimiento de Tolstoy. ¡Cuán difícil es, para nosotros, pueblos del occidente, comprender tan extraños procedimientos políticos!

Existen, pues, dos fuerzas en Rusia: el poder del czar, de la aristocracia y del pueblo acostumbrado al serviliemo, y el del nihilismo que, soñando con una organización social parecida a la de las naciones de occidente, trata de hacer revivir la masa inerte y pesada que forma la base del pueblo ruso, y que lleva a su vanguardia esa falange de escritores y de pensadores y de patriotas que Melchor de Vogue llama *la inteligencia rusa*.

En **Holanda** y en **Suecia** la tranquilidad no ha sido perturbada por ninguna manifestación popular.

Austria.—En Viena tuvieron lugar treinta y tres reuniones obreras. El orden no fue perturbado por ellas, ni sus reuniones lo fueron tampoco por la policía. Se calcula en 15,000 el número de manifestantes; pero esta cifra debe ser disminuida en la mitad. pues, los curiosos representan siempre en estos casos cerca del 40 %. Los diarios dan cuenta de que

todas las proposiciones, publicadas de antemano, fueron votadas por unanimidad; pero no trascribe ningún programa. Es, sin embargo, conveniente decir que, en la mayor parte de esas reuniones, se protestó franca y enérgicamente de los atentados anarquistas.

En Budapest la policía prohibió la reunión de treinta y dos asociaciones obreras.

Bélgica. — En Lieja hubo algunas explosiones de dinamita.

En Bruselas la reunión de obreros que tuvo lugar en el llano de Ten basch, llegó a la cifra de 10,000. Las ideas aclamadas fueron las del sufragio universal y de las 8 horas de trabajo. Parece, por otra parte, que las reuniones tenían por objeto más bien la preparación del partido para las elecciones a la *constituyente*, que el de hacer declaraciones de programa.

España y Portugal.— Las manifestaciones han tenido lugar con todo orden. En Madrid hubo un meeting al cual asistieron cuatro mil obreros. La prudencia y la tranquilidad eran aconsejadas por los mismos organizadores. Nada dicen los diarios sobre si también se pidió en España *las ocho horas de trabajo*, lo que no habría dejado de ser cómico. En Madrid se podía perfectamente pedir que se

obligara a los hombres a trabajar ocho horas, o sea por lo menos, al día, en vez de permitirles que se pasen el día fumando pitillos, tomando chorizos y calentándose los lomos en la Puerta del Sol. La supresión de la capa, eterno forro de la ociosidad española, haría más bien a la pobre madre patria que todos los discursos de Castelar, Martos y familia. ¡La pereza española! Acabo de verla en mi viaje de Vigo a Madrid y me he convencido de que no puede haber sido sino un español quien dijo: «contra pereza, dejarse estar».

Italia.— Parece que comienza a decaer el entusiasmo de los socialistas. Todo se ha reducido a unas cuantas romerías fúnebres a las tumbas de Picistrelli y de Oberdanck. En Milan, los agitadores creyeron necesario hacer la publicación de un manifiesto incendiario destinado a ser distribuído a los soldados. Un coche que contenía 25.000 de esos papeles fue tomado por la policía y arrestados veintisiete anarquistas que habían tomado parte en su publicación.

Muchas reuniones no tuvieron auditorio y otras no tenían oradores. Los telegramas no dan cuenta de ningún programa ni de votaciones de ningún género; pero todos ellos nos avisan que el papa dijo tranquilamente la misa en su capilla privada y que el rey y la reina dieron su paseo de costumbre.

Dinamarca.— En todas las reuniones se propuso la aceptación de las ocho horas de trabajo sin que ningún incidente desagradable viniera a perturbar la tranquilidad pública.

Suiza.— Varios discursos fueron pronunciados en los meetings y reuniones socialistas y dirigidos a combatir la acumulación del capital, el militarismo, el proteccionismo y la policía política de París. Se abogó en favor de las ocho horas de trabajo y de los sindicatos obligatorios.

Alemania.— Los meetings al aire libre fueron postergados a causa del mal tiempo.

El Vorwaerts, condena, en su artículo de fondo, los atentados de Ravachol y de sus cómplices. «Son actos de criminales vulgares y de locos», exclama el editor; «con el espectro rojo del anarquismo se ha tentado inútilmente de desacreditar al socialismo».

Francia.— En Francia las manifestaciones tuvieron lugar en la sala Favié en donde se pronunciaron discursos que pueden dar alguna claridad sobre los propósitos del socialismo francés.

En primer lugar, se nota, en algunos de ellos, la simpatía que sienten los socialistas franceses por los autores de los últimos atentados dinamiteros. El ciudadano Brillois hace claramente alusión a las explosiones, en términos que hacen exclamar a uno de los asistentes: «¡Qué imprudente!» El orador res-

ponde: «Ciudadanos; hemos dejado la entrada libre a esta sala; pero hemos confiado en que nadie se atreverá a hacer interrupciones». Los aplausos frenéticos que acogen esa protesta de Brillois y los gritos de «afuera el vendido» que se lanzan por la multitud al valiente interruptor, hacen comprender que los sentimientos de Brillois son los que dominan en la concurrencia. El orador sigue su discurso y pide la supresión de la propiedad individual. Sus últimas palabras son: «Burgueses, cuidaos bien de que no os hagamos saltar ¡algún día a los gritos de ¡viva la comuna!» Toda la concurrencia responde a esta peroración con un «¡viva la comuna!»

Un delegado holandés dice que las ocho horas de trabajo no es sino un pretexto. «Queremos, agrega, la revolución para concluir con los burgueses que nos oprimen desde hace cien años. Hemos de degollarlos a todos, y así alcanzaremos la igualdad y la fraternidad».

Rochefort, por otra parte, en una carta dirigida a Ernest Roche, desde Londres, y fechada el día 30 de abril, dice: «Las recientes exposiciones parecen haber servido maravillosamente a la reacción que, mediante la pérdida de algunos inmuebles y un cierto número de amputaciones, se siente feliz con poner de nuevo en ejercicio todas las viejas leyes represivas que jamás se ha resuelto a arrojar definitivamente al canasto de los papeles sucios.

«No podemos conocer la parte que los policiales de Constans han tomado en los últimos aconte-

cimientos; pero, en principio, he temido que los atentados de la dinamita terminen con los atentados a la libertad.

Hé aquí, mi querido Roche, lo que yo hubiera dicho a nuestros amigos, a no haber estado lejos de Uds».

Se ve, pues, que Rochefort no rechaza los atentados de Ravachol en absoluto, sino en cuanto pueden ellos dar motivo al gobierno para tomar medidas encaminadas a prevenirlos. Sus amigos, esos amigos a quienes Rochefort hubiera deseado aconsejar la prudencia, son, pues, los mismos que alientan y talvez ejecutan los ataques a la propiedad que han tenido preocupado a Paris en estos últimos tiempos. Desde Londres cree necesario mostrarles cómo su excesivo fervor puede arrrear las represalias de la sociedad; y la palabra del jefe, por más que se esfuerce en velar la idea, acaricia con paternal benevolencia las fogosas imprudencias de Ravachol caído, al mismo tiempo que reprime dulcemente las de los Ravacholes de mañana.

Como lo dijo el delegado holandés, la cuestión de las ocho horas de trabajo, no es sino un pretexto que sirve para encubrir las profundas y terribles amenazas. Una sola voz se levantó en la sala Favié para pedir la reducción de las horas de trabajo: la del ciudadano Allemane. Su discurso fue oído con resignación; pero no levantó entusiasmo, ni siquiera aplausos. La concurrencia lo recibió con la mis-

ma indiferencia con que un soñador de millones ve caer en su mano una moneda de cobre. Las conclusiones adoptadas en la sala Favié, sin embargo, no apoyan la impresión que la lectura de los discursos hacía esperar. La palabra de Rochefort parece haber caído sobre esas cabezas, como las lenguas de fuego sobre las de los apóstoles.

«Los obreros parisienses, dice la orden del día, congregados el 1.° de mayo de 1892, en la sala Favié, despreciando toda provocación, declaran que la manifestación obrera socialista ha tenido lugar con calma y energía.

«Anatematizan, indignados, los manejos de la república patronal cuya única política consiste en perseguir al socialismo revolucionario y a responder a balazos a los trabajadores que pacíficamente (!) piden pan.

«Reivindican enérgicamente las ocho horas de trabajo con el mínimum de salario, la supresión de las oficinas de empleos, y el mantenimiento de la paz alcanzado por la supresión de los ejércitos permanentes.

«Dan cita para el 1.° de mayo de 1893, al proletariado universal, a fin de afirmar por una cuarta manifestación, más importante aun que las anteriores, la solidaridad internacional.

«¡Viva la reforma social!»

¡El mantenimiento de la paz, por la supresión de los ejércitos permanentes!

¡La solidaridad internacional!

¡Bellos propósitos, sin duda alguna; pero que costarían muy caro si habrían de conseguirse haciendo saltar a medio París y degollando a la burguesía entera!

Inglaterra.—En Londres las cosas han pasado tranquila y ordenadamente. Todo se hallaba organizado de antemano para que la manifestación fuera conducente y para que ningún desorden viniera a despresligiarla.

La procesión general, que se puso en marcha desde las orillas del Támesis, era compuesta de diez y ocho columnas que representaban los diez y ocho distrito de Londres. Cada columna era precedida por una banda de músicos y de su mariscal, elegido algunos días antes.

Las numerosas banderas y estandartes llevaban inscripciones referentes, ya al nombre de la corporación a que pertenecían, ya al objeto de la manifestación. Una bandera solamente llevaba una inscripción anarquista; alrededor de una bomba haciendo explosión, se leía: «El proyecto de ley está ante el parlamento. Votadlo o lo haremos nosotros mismos». El proyecto de ley a que se hace alusión es el de la reducción de las horas de trabajo, el de los *tres ochos* como le llaman: ocho horas de trabajo, ocho de descanso y ocho de diversiones.

La procesión comenzó a llegar a Hyde Park a las tres de la tarde. Habría en Hyde Park no menos de 300,000 personas, de las cuales 100,000 pertenecían a las sociedades socialistas.

Los discursos fueron pronunciados sobre tribunas preparadas de antemano. Hubo oradores alemanes, franceses, austriacos, rusos y polacos. Rochefort y Luisa Michel hablaron también; y fueron los extranjeros quienes dieron la más alta nota anarquista. Un francés, Bernard, expresó la simpatía de los obreros franceses por el movimiento obrero de Londres, y Rousselle, otro francés, declaró que él y todos los obreros franceses estarían con sus hermanos de Inglaterra el día que estalle la revolución que se prepara.

A las cinco de la tarde las resoluciones fueron votadas y aceptadas. Los manifestantes volvieron tranquilamente a sus distritos y, un momento después, el terrible *sunday home*, tendía su manto de silencio y de soledad sobre Lóndres entero.

A continuación traduzco el programa de la federación democrática social inglesa:

«La socialización de los medios de producción, distribución y cambio, debe ser fiscalizada en un Estado democrático, teniendo en vista los intereses de la comunidad toda, y la completa emancipación del trabajo, tanto de la tiranía del capital como de la del propietario.

PROGRAMA

«I.—Los oficiales o administradores deben ser elegidos por el sufragio igual y directo de todos los adultos y deben ser pagados por la comunidad.

«II.—La legislación será hecha por el pueblo. Y

de tal modo, que ningún proyecto de ley será legalmente obligatorio sino después de su aprobación por la mayoría del pueblo.

«III.—La abolición de los ejércitos permanentes y el establecimiento de la guardia nacional; el pueblo decidirá la guerra o la paz.

«IV.—Toda la educación, superior y elemental, debe ser obligatoria, laica, industrial y gratuita para todos, sin distinción ni excepción alguna.

«V—La administración de justicia debe ser gratuita para todos los miembros de la sociedad.

«VI.—La tierra, con todas las minas, ferrocarriles y otros medios de transporte, debe ser declarada y explotada como una propiedad común y colectiva.

«VII.—Los grandes medios de producción, distribución y cambio, deben ser declarados y tratados como una propiedad común y colectiva.

«VIII.—La producción y la distribución de la riqueza deben ser reguladas por la sociedad, teniendo en vista el interés común de todos sus miembros».

Fuera, pues, de la abolición de los ejércitos permanentes, no existe en el programa de los socialistas franceses y en el de los socialistas ingleses, ningún otro punto de contacto.

Las *ocho horas de trabajo* es un pretexto, como lo dijo en la sala Favié el indiscreto delegado holandés. Y, en verdad, no se comprende el motivo de pedir una disminución de las horas de trabajo.

cuando se pelea por la abolición de la propiedad y por el goce en común de las riquezas de la tierra.

La palabra *trabajo* sería un arcaismo en esa feliz edad futura a que aspiran los comunistas franceses, especie de aquella edad de oro cantada por don Quijote o patriarcal ejercicio que hace recordar los encantos idílicos de la organización jesuita del Paraguay en donde, al son de la música, se pedía a la tierra el alimento diario. Todos los bienes lloverían sobre esta ideal sociedad comunista. La guerra desaparecería, pues nada habría que defender de la codicia de los vecinos.

En Inglaterra han comprendido que es una inconsecuencia pedir la disminución de las horas de trabajo y la abolición de la propiedad particular; en el programa de la federación social-democrática, no se hace, pues, referencia a las ocho horas de trabajo y, si lo piden, es sólo como un mejoramiento de la condición del obrero; pero no hacen figurar en el programa una aspiración que no es uno de los ideales fundamentales de su credo socialista. ¿Por qué se piden ocho horas y no seis, cuatro, dos? Uno de los oradores polacos pidió en Hyde Park que se exigiera la disminución de las horas de trabajo a seis; y un señor Hazell, en un artículo publicado en el *Justice* de Londres del día 30 de abril, pide, a su vez, que la reducción se haga llegar hasta cuatro horas.

Por otra parte, los socialistas ingleses condenan franca y duramente todos los atentados anarquis-

tas. El socialismo francés tiene cuatro quintas partes de anarquismo y, si desean la comuna, es después de la degollación de las clases sociales a quienes atribuye el origen del malestar obrero y mediante una revolución cuyo ejército de vanguardia creen ver en Ravachol y demás cómplices. El socialismo inglés trabaja también en favor de un cierto ideal comunista; pero los medios que aconseja para su advenimiento son de otro orden. En el socialista francés hay más pasión, impaciencias, espíritu de venganza, irreflexión, carencia de ideas definidas y desconocimiento de una norma de conducta que en el socialista inglés.

Un escritor que firma con el seudónimo de Wat Tyler, contestando a un discurso de Krapotkin, en que se confundía el anarquismo con el movimiento social democrático de Londres, decía:

«Como demócratas sociales, creyendo que la revolución puede solamente ser alcanzada por la organización y la educación, deseamos saber cómo los inorganizados esfuerzos de los individuos, frecuentemente en pugna unos contra otros, por el hecho de destruír la vida y las propiedades de unos cuantos, pueden alcanzar algún éxito en contra de las altamente organizadas fuerzas de las sociedades modernas».

Sin embargo, hay también sus inconsecuencias en los principios sustentados por los diversos órganos del socialismo inglés. Un escritor llamado Barker sostiene en el *Echo* de Londres del día 5 de

mayo que toda organización política es un crimen y que todo funcionario o representante de una autoridad colectiva delegada es un criminal. ¿Acaso el señor Barker sueña aun con el estado de naturaleza? ¿Acaso el señor Barker no ve que su opinión se encuentra en manifiesta pugna con los primeros artículos del programa socialista de la federación democratica social aprobado en el meeting de Hyde Park?

Conviene tener presente una idea de transitoria aplicación que Wat Tyler expone claramente en el articulo ya citado y referente a la remuneración del trabajo de los obreros. Tyler combate la teoría del salario fundada en el valor estimado de la obra hecha, y agrega: «El principio de los salarios, es decir, el pago del obrero según la obra realizada, es enteramente contrario a los principios del socialismo, y ninguna sociedad, basada sobre este principio, puede existir». Y, más adelante, agrega que el pago de los obreros debería de hacerse según una proporción equitativa de las utilidades generales de toda industria.

Según el ideal comunista, cualquier servicio útil ejecutado por la comunidad debería de habilitar a cada individuo para exigir la satisfacción de sus necesidades en la medida en que la común riqueza lo permitiera.

Para concluir con esta exposición suscinta de las ideas de los socialistas ingleses, traduzco a continuación una frase del articulo de Hazell, que ex-

plica el modo cómo se organizaría el trabajo en la nueva sociedad comunista. «Una sociedad basada sobre el principio democrático socialista, tendría bajo su fiscalización todas las energías productivas de sus miembros y fijaría, en consecuencia, la porción diaria del tiempo de trabajo individual que fuera necesario para dejar satisfechas las exigencias y necesidades de la comunidad».

La igualdad de las necesidades, la igualdad de las aptitudes, un hombre término medio que serviría de tipo, hé aquí en definitiva las bases preparatorias de la sociedad comunista.

¿Cómo, pues, pueden encontrar estos principios, abiertamente en pugna contra todas las leyes de la ciencia económica, contra la realidad de las cosas, contra la naturaleza humana, tan entusiasta adhesión? ¿Cómo se concibe que el movimiento socialista, fundado en el comunismo que ha sido condenado por la historia y por la ciencia, crezca cada año más, y se levanten jefes y publicistas que lo dirijan y lo prediquen?

No quiero, ni podría, dar contestación a estas preguntas; cada cual buscará los motivos que más satisfagan a su inteligencia. La historia dará un día la verdadera razón de esta crisis por que atraviesan las sociedades de hoy, como la ha dado de las crisis por que han atravesado las sociedades de otros tiempos.

El peligro es grande y todas las fuerzas sociales deben prepararse para la defensa. Hay un gran su

frimiento social, y ese sufrimiento es hijo más, mucho más, de aspiraciones inauciadas y fantásticas desproporcionadas con los recursos posibles, que de verdaderas y apremiantes necesidades no satisfechas. La lógica e irremediable consecuencia de las desigualdades naturales, de la diversidad de aptitudes y de facultades; la pérdida de las creencias que eran fuente de consuelo, de resignación o de esperanza; el espectáculo vergonzoso del lujo inútil, de los placeres relajantes, del derroche de la riqueza en cosas superfluas; la instrucción incompleta, desordenada, cuando no mal intencionada, que se da a las clases proletarias explotadas por politiqueros sin escrúpulos, por soñadores sin conciencia, por escritores sin criterio mental, todo esto y, mucho más, ha de traer, en corto plazo, un estado de agitación social peligrosísimo. No son raros los escritores que, con criminal precipitación, soplan sobre la hoguera que se enciende. Como ejemplo copio este artículo de un periodista parisiense publicado el 2 de mayo y con esta citación concluyo esta larga revista:

«Mañana, París, sin alarmas ya, volverá a tomar su aspecto ordinario y volveremos a ver el eterno contraste que, en un paseo, aun de pocas horas, puede presenciarse en todo su antagonismo.

«Allá, la vida feliz, la existencia encantada que se lleva en esos bellos palacios que se levantan desde la plaza de la Magdalena hasta la entrada del bosque de Boloña, los paseos a caballo al fres-

cer de la mañana, las femeniles visiones del Paris primaveral, la música que llega hasta los pasantes por la ventana entreabierta, los niños bien cuidados y vestidos con trajes que le sientan bien, los dentro de los *boudoirs* adornados de plantas raras, los teatros llenos de gente, en donde se ven y se oyen cosas tan lindas, las *toilettes* deslumbradoras que son un poema y que representan el alimento de cinco o seis familias durante largos meses, los banquetes exquisitos en una atmósfera de lujo y de alegría, las suntuosas reuniones y bailes, bajo luces brillantes y suaves a la vez y que producen la ilusión del día....

«Mas allá, por el contrario, en los barrios populosos, la vida cruel, la continua preocupación de saber si se comerá mañana, las tristezas inmensas y permanentes, el hombre brutal porque es desgraciado, la mujer herida en todas las delicadezas de su sér, los chiquillos miserables y semidesnudos que van, apenas saben hablar, en calidad de embajadores a la panadería, a ver si obtienen un poco de crédito.

«El hombre bebe, se dice. Bebe porque experimenta la necesidad de reparar sus fatigas físicas. Los felices del día también beben; pero champagne o champagne de buena marca, mientras que el obrero, explotado por negociantes ansiosos de enriquecerse luego, traga una espantosa mezcla de aguarrás o de ácido metílico que le corroe el cerebro.

«Este contraste salta más aún a los ojos de los proletarios cuando, en dias, como el 1.° de mayo o el 14 de julio, vagan a través de París y pasan frente a los magníficos palacios de puertas pesadas. Se dicen unos a otros, que son ellos quienes hacen a los privilegiados esa existencia, superior aun por el refinamiento y la elegancia, a los placeres de un sensualismo un tanto grosero de los patricios romanos.

«Se dicen unos a otros, que en vida sería menos penosa si, a causa de los monopolios y de la explotación sabiamente organizados, las clases directoras no les cargasen con monstruosas contribuciones....

«Y comparan, y piensan, y se hacen sus reflecciones, como ellos dicen....»

Todas estas comparaciones que debieran servir de estímulo, todos esos razonamientos dolorosos que debieran servir de incentivo al esfuerzo, son desgraciadamente, empleados para producir el odio y la envidia.

En Londres, a 9 de mayo de 1892.